



BIENVENIDO SR. ALCALDE DE MADRID.

Bienvenido, querido Miguel Ángel, a este nuevo puesto de lucha y de responsabilidad que es tu Alcaldía de la Villa; de esta Villa que sentimos como algo entrañable, tanto los que en ella han nacido como los que, llegados desde los cuatro rincones de España, nos encontramos aquí como el pez en el agua.

En estos días de alborozados parabienes, no podía faltarle el de tu Colegio, del que fuiste Decano, ni el parabién —por que para bien de la Villa, te han designado Alcalde— de tu profesión, en nombre de la cual me atrevo a hablarte desde este Decanato, yo que soy catalán, por obra y gracia de la dimensión unitaria de la Villa y Corte, a tí que traes en el acento el eco de tus montañas Cántabras.

Tú has vivido la Arquitectura desde todos los ángulos y situaciones posibles: desde la esperanzada visión de los años de la calle de los Estudios, hasta la dolorosa experiencia de las trincheras de la Ciudad Universitaria en los años duros en que la Arquitectura española sufrió en su carne la terrible mordedura de la guerra junto a la renovada ilusión de la reconstrucción de España, en el empeño urgente en el que tuviste tú amplia parte. A todos tus puestos supiste llevar, como debe ser, una misma actitud, un mismo talante y una misma intención de servicio que no sabe de enfrentamientos entre los intereses Profesionales y el interés de la Administración, porque esos enfrentamientos, cuando existen, nacen siempre de anteponer al bien general los egoístas y trasnochados intereses particulares, no los limpios intereses de los Colegios que, por limpios y justos coinciden siempre con el bien común que la Administración tiene la noble obligación de defender.

Ahora, en el momento de la congestión, del ruido, de la especulación y de las tensiones, te han llamado para que seas árbitro, pero te han llamado también cuando en el momento del mejor nivel de vida, del crecimiento, de la esperanza y de las lealtades, justamente para reclamar tu empuje, tu pasión, tu fidelidad, tu hombría de bien, tu experiencia, tu saber de muchas singladuras y de muchos mares y tu enamorada vocación de Arquitecto por la Ciudad que sufre y espera.

Llegas en el momento difícil y apasionante de las decisiones inequívocas y de la imaginación sin dudas, llegas cuando Madrid se nos ha quedado chico, cuando la ciudad chirría y quiere saltar sobre el río, sobre el monte y sobre el páramo.

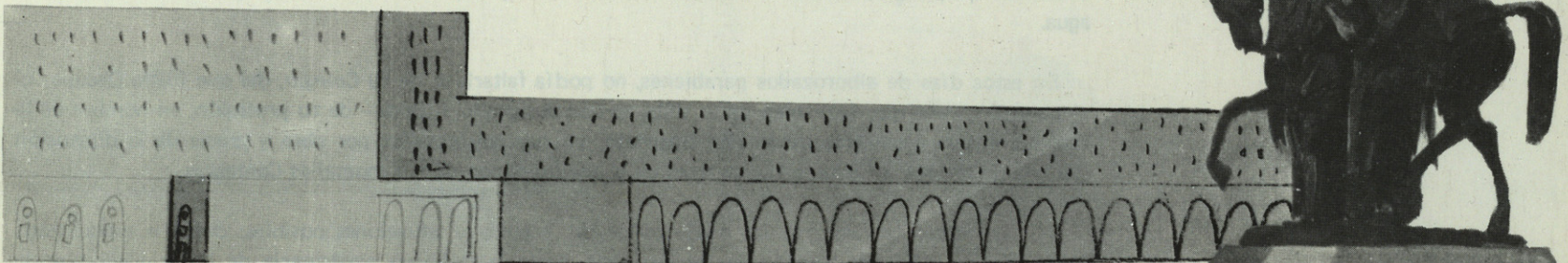
Llegas cuando el desafío del futuro deja atrás el pasado de un ayer que aún es hoy, en un hoy que es mañana en la carne viva de nuestra inquietud y de nuestra esperanza.

No es fácil la tarea que te aguarda, porque tu antecesor no fue hombre que durmiera, y puso muy alta la cota que hoy se ofrece a tu voluntad tesonera de batallador incansable.

Pero sé, y lo sabemos muchos, que vas a poner, con mano fuerte, tu corazón a toda vela y tu capacidad de trabajo va a rendir en paralelo al esfuerzo que se te pide.

Llegas, Alcalde y Arquitecto, a defender y renovar la Villa con el doble acento que tu vocación política y profesional te presta, y yo, como Decano del Colegio, en este momento augural, quiero darte las gracias por haber dicho SI a esta nueva exigencia y también como Decano te ofrezco, Alcalde, nuestro ánimo, nuestro apoyo y nuestro respeto.

Bienvenido, Miguel Angel.
Sr. Alcalde, bienvenido.



Con motivo de la celebración del IV Centenario de Madrid, el entonces Director General de Arquitectura, Miguel Angel García-Lomas, promovió en EXCO una Exposición sobre la capital de España a la que se acompañó un libro sobre la ciudad actual, ciertamente estupendo, que se componía de preciosos dibujos del pintor Ignacio Cárdenas con unos magníficos comentarios de Miguel Mihura. Y se pueden hacer estos justos elogios porque son absolutamente ciertos, como cualquiera puede comprobar a la vista de este libro.

Lo que quiero destacar ahora es la actuación de Miguel Angel en este tema tan ligado con Madrid. Cuando Cárdenas y yo pensábamos hacer esta publicación era pleno verano y yo no pude consultarle nada: le propuse a Cárdenas que hiciera los dibujos y cuando llegara García-Lomas se los enseñáramos: podía ocurrir que no le parecieran bien y entonces yo me comprometía a quedarme con ellos pagándoselos de mi bolsillo y así no perdía su trabajo.

Terminaron las vacaciones y le enseñé a García-Lomas los dibujos. Sin la menor duda, y por el contrario, con su mejor animosa voluntad, nos dio luz verde para seguir con la edición. Esta norma, tan decidida y de tan ferviente cariño a Madrid, es la que, puede asegurarse, dictará su actuación al frente de esta ciudad en estos tiempos tan comprometidos.

C. M.